

# STAR CRAFT III



**BLIZZARD**  
ENTERTAINMENT

## Un pueblo, un propósito

—Alta Ejecutora, ha habido una muerte.

Selendis miró al protoss que había hablado, hincado en una rodilla en el terreno del templo, sobre las piedras que habían reemplazado poco tiempo antes. Tenía puesta una armadura liviana que parecía fabricada a nuevo, pero con un diseño viejo al estilo de la Época dorada que se había puesto de moda entre algunos de los templarios, o más bien, extemplarios. A Selendis no le gustaban los estilos tan retrógrados; su propia armadura era igual de nueva, pero con un diseño moderno y grácil que le quedaba bien por su contextura delgada.

—¿Ha habido una batalla?

—No, Ejecutora.

Su tono y postura transmitían una sensación completamente equívoca; estaba inseguro, Selendis pudo captar eso, incluso sin la conexión emocional que el Khala les había otorgado en el pasado. Ya había pasado un tiempo desde el cercenamiento, pero ella aún sentía la ausencia de la conexión telepática que había conectado a los khalai durante milenios: la empatía instantánea y el propósito unificado. Ahora había cosas nuevas que sortear: el engaño fácil, la soledad profunda, la malinterpretación. También implicaba buscar la comprensión por el camino largo, mediante preguntas y lenguaje corporal, un proceso lento y fastidioso.

Las preguntas ahora eran: ¿Por qué tanta incertidumbre sobre la muerte, la cuestión más cierta de todo el universo? Si no había habido batalla, ¿por qué la molestaban con asuntos de vejez y enfermedad? Los protoss no eran inmortales y a la muerte no le importaba si sus filas

ya habían caído.

—¿Por qué te presentas ante mí?

—Porque es una muerte extraña. Una muerte equívoca.

Selendis escuchó el alboroto sin fin de actividad a su alrededor, el alboroto de la reconstrucción de Aldera, de una ciudad que volvía a la vida. Los edificios nuevos brillaban en la luz calurosa de la tarde, y los destellos de los lejanos obreros y guardianes eran el único indicio de sus movimientos invisibles. La paz ajetreada de los últimos retornos solares —¿ya habían pasados tantos?— seguía resultando extraña después de haber estado tanto tiempo envueltos en conflicto. Quizá la paz no era el destino natural para los guerreros innatos; quizá la paz era el estado que ellos habían nacido para proteger. Y tal vez, Selendis pensó con aspereza, debía conocer más del gran designio del destino antes de sacar conclusiones.

—Muéstrame.

Se transposicionaron a un pequeño poblado en las afueras de Aldera; la mitad de la suave cuenca del valle ya estaba cubierta de sombra por las montañas cercanas. En comparación con la radiante actividad de Aldera, este lugar era extrañamente silencioso y notoriamente deslucido. Más de la mitad de las viviendas aún eran construcciones temporales que debían haber sido reemplazadas hacía ya tiempo. Algunos obreros, incluso los que tal vez deberían haber sido empleados para esta tarea, sobrevolaban sin rumbo sobre el suelo. Los pocos protoss que había a la vista, sentados frente a sus viviendas o bajo los árboles, los miraban pasar con poco interés.

Selendis tenía tan arraigado el instinto de buscar al Khala como sus propios reflejos en la batalla, y lo buscó para comprender rápidamente la situación. Todavía perdía un poco el aliento

frente al vacío que sentía al buscarlo: era como hacer una estocada perfecta y recibir el freno brusco de un escudo.

Siguió al protoss nervioso a una de las viviendas temporales. Antes de que abriera la puerta, el olor a sangre cargó densamente el aire. Adentro yacía el cuerpo retorcido de un khalai hombre en un charco de sangre seca y oscura.

Selendis conocía bien la muerte, pero esto era más de lo que había imaginado. Las cuchillas psiónicas cauterizaban mientras cortaban; los combates entre los protoss en general eran sin sangre. Ella solo había visto sangre así en los campos de batalla donde habían luchado contra los zerg, pero aquí no había olor nauseabundo de alienígena. Se agachó junto al cuerpo y leyó la historia que contaban las heridas: cortes profundos en la garganta del cadáver, de arriba abajo en los brazos, en el pecho, que habían destrozado el manto sencillo de tela que llevaba.

Con cuidado, Selendis levantó una de las manos. Llevaba suficiente tiempo muerto como para que los músculos ya no estuvieran tiesos. Las manos estaban cubiertas de sangre seca, y en las garras había jirones de su propia carne. Tras las miles de muertes violentas que había visto —algunas causadas por ella misma—, no pensaba que podría alterarse. Pero la imagen la descompuso.

—Se lo hizo a sí mismo.

—Como dije antes. Fue equívoca.

—¿Sabes cómo se llama?

—No lo conozco. Estaba pasando cerca de aquí después de entregar un mensaje y olí la sangre.

—Y, aun así, nadie pensó en mirar qué pasaba hasta que tú entraste. —Apoyó la mano

del khalai muerto. En la sangre y la sombra que rodeaban el cuello, algo brillaba. Selendis giró el cuerpo sobre un lado. Las marcas de las garras eran más profundas en la nuca, como si el khalai hubiera intentado alcanzar la protuberancia del cordón neural. Lo que Selendis creyó al principio que quizás era una abrazadera decorativa en la protuberancia, una decoración nerazim que algunos khalai habían comenzado a usar, no era una joya común. Había una luz titilante incrustada, y podía llegar a ver unas salientes que parecían cableados: era un dispositivo de algún tipo, pero ella no era forjafases y no podía descifrar su propósito.

Pero sí conocía a un forjafases que podría descubrirlo.

Soltó el cuerpo y dejó que volviera a rodar sobre el suelo.

—Hiciste bien en avisarme.

#

Selendis llevó el cadáver, guardado en una celda de estasis para impedir que continuara la degradación, al laboratorio que Karax había construido en Aldera. Artanis, cuya mera presencia llenaba la sala como era propio del líder de los daelaam, ya esperaba allí con el forjafases; Selendis había decidido que era conveniente que lo viera con sus propios ojos. Para su leve sorpresa, Talandar también estaba allí; su cuerpo enorme y robótico de purificador plegado sobre sí mismo para poder entrar entre dos tableros de consolas y así ver la mesa en que Selendis colocó la celda de estasis. La luz de las consolas de Karax se reflejaba en las carcasas metálicas curvas de la cabeza y los hombros.

—Talandar había venido a visitarme —explicó Karax. Era el más bajo de todos, su cabeza siempre ladeada en un ángulo de curiosidad que nunca lo abandonaba. Los tres filamentos robóticos, que terminaban en manos adicionales que él había adjuntado a los extremos

cortados de sus cordones neurales, siempre estaban en movimiento aun cuando él estaba quieto—. Supuse que su presencia no molestaría.

—Confío en su parecer —dijo Artanis. El mero tono transmitía una enorme confianza y seguridad.

—No es un gran secreto —dijo Selendis.

Karax contuvo el aliento cuando vio el cuerpo; a pesar de que Artanis había declarado que él y todos los demás protoss eran templarios, era el que menos experiencia tenía con la muerte.

—Tampoco es algo para gritar a los cuatro vientos —dijo Artanis, mientras observaba el cuerpo—. ¿Qué le pasó?

Selendis explicó lo que había observado; apenas mencionó el dispositivo, Karax tomó sus cordones neurales. Sus manos robóticas adicionales giraron con delicadeza el cuerpo y extrajeron el dispositivo, y comenzaron a limpiarlo.

Selendis continuó el relato:

—Antes de regresar a Aldera, hablé con algunos de los khalai en el poblado. El muerto se llamaba Eranis y antiguamente era de la casta khalai. No tenía familia, ningún vínculo cercano con su linaje tribal, ningún amigo que alguien pudiera mencionar. Vivió y murió solo. Nadie pareció sorprenderse demasiado por su muerte... ni afligirse. —De las conversaciones monologales que había tenido con los protoss indiferentes del poblado, esa cuestión fue la que más la frustró.

—Parece que esto te altera, Selendis —dijo Artanis.

—¿A ti no? Pero no estoy alterada, estoy enojada. Ya somos pocos de por sí. ¿Por qué

nadie notó nada? ¿Por qué a nadie le importa?

—Es una buena pregunta. ¿Era tan despreciado por todos?

—No. Nada por el estilo. Es como si hubieran estado demasiado tiempo lejos del sol y no les importara moverse. —Había empezado a preguntarse si habría una droga nueva, pero ninguno tenía un olor raro—. No parecían protoss.

Talandar se acomodó en el silencio, y habló.

—Cuando desperté, me sentía perdido. No había un verdadero Khala que me consolara —dijo—. Ya no sabía quién era o qué era, y mi propósito no estaba claro. Nunca me había sentido tan solo, ni volví a sentirme así. Y habría sido fácil perderme en esa soledad y olvidar la existencia de todos los demás, de no haber tenido un viejo amigo —inclinó la cabeza levemente hacia Artanis— y un amigo nuevo —luego hacia Karax— que me convencieran de lo contrario.

Selendis recordó el dolor abrasador de cortar sus propios cordones neurales, y el repentino vacío que siguió a la pérdida del Khala... tras ser cortada tan abrupta e irrevocablemente. Había sido mejor que perderse en el océano eterno del odio y la furia de Amon, pero aun así le había dolido como ninguna otra herida, quizá porque era una herida en su corazón. Todavía dolía, a veces.

—Todos hemos vivido la misma... herida, y sin embargo no deambulamos sin rumbo. — Señaló el cadáver—. ¿Y esto? La pérdida del Khala no causó esto.

—Es parte de las circunstancias —dijo Talandar.

—Esta es la causa —Karax interrumpió; una de sus manos robóticas sostenía el dispositivo, ya limpio. Sin la cubierta de sangre seca, parecía ser una carcasa de metal plateado sin pulir, con cables de una tonalidad ligeramente diferente que entraban y salían de la

superficie. Un cristal pulsaba dentro, aún titilante.

—¿Y eso qué es? —preguntó Selendis.

—No estoy... del todo seguro todavía. Pero puedo decir dos cosas. —Karax tocó el cristal—. La primera es que esto está canalizando energía del Vacío, aunque no sé por qué no lo hace a un ritmo regular. Quizá se dañó...

—¿Y la segunda? —preguntó Artanis; a pesar de la urgencia de la situación, su voz conservaba un tono afectuoso y divertido con Karax.

—La segunda, sí. —Karax dio vuelta el dispositivo para mostrar unas protuberancias que parecían agujas—. Como mínimo, estaba integrado parcialmente a sus cordones neurales. Tengo que estudiarlo para entender su verdadero propósito... Pero si estuvo conectado a sus cordones neurales y comenzó a funcionar mal, puede haberle causado un dolor horripilante.

—Y entonces intentó arrancárselo con las garras —dijo Selendis. Esa parecía una explicación mucho más directa que algún tipo de herida espiritual que se manifestaba como una autolesión profunda. Pero no siempre la explicación más directa era la verdadera. Los protoss eran seres complejos y multifacéticos, era imposible haber estudiado bajo la guía de Artanis y no comprenderlo, haber sido líder en las tierras movedizas de las guerras, haber observado los enormes cambios que había traído la pérdida de Aiur y luego su recuperación.

Mientras Karax comenzaba una descripción más detallada y pormenorizada de lo que había deducido del dispositivo, las puertas de su laboratorio se abrieron y apareció un guardia.

—Lo lamento, pero debo interrumpir —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Artanis.

—Encontraron un cuerpo —dijo el guardia—. La escena es... sangrienta.



En las situaciones que un terran adjudicaría a coincidencia o mala suerte, Selendis percibía la corriente subterránea de algo más grande y más preocupante; no tenía duda de que Artanis también lo sentía. Dio un paso adelante, pero él levantó una mano para detenerla.

—Talandar, tú irás a investigar —dijo Artanis—. Averigua si las circunstancias son las mismas... y envía el cuerpo aquí.

—Será un honor. —Talandar avanzó al espacio más abierto del laboratorio, hacia la puerta, y se desplegó en toda su magnitud.

—Karax, continúa trabajando en este dispositivo —dijo Artanis.

—Por supuesto, amigo mío.

—Presenta tus hallazgos a Selendis.

—Si bien Selendis habría deseado realizar la investigación completamente sola, sabía que ese era un uso más eficiente del tiempo y los recursos, sobre todo porque ella todavía tenía sus propias obligaciones que cumplir.

—Procuraremos que este asunto se termine rápidamente.

#

Karax pronto se halló en compañía de un segundo cuerpo que Talandar envió en una cámara de estasis. Trajo la poca información básica que el purificador había averiguado: mujer, de nombre Therun, antiguamente de la casta de los templarios. Su color indicaba que probablemente era de la tribu Venatir.

Su estado era más calamitoso que el del otro cadáver, y la sangre que la cubría todavía estaba pegajosa al tacto. Por lo tanto, era mucho más fácil limpiar el dispositivo que tenía adjuntado a los extremos cortados de su cordón neural, y Karax se dedicó a eso. La sangre no

debía importar tanto; lo perturbaba a un nivel emocional, pero era más útil pensar en los cadáveres como máquinas biológicas que habían funcionado tan mal que se habían autodestruido. Si lograba descubrir lo que había provocado esta falla, podría impedir que volviera a ocurrir.

El laboratorio estaba en silencio cuando comenzó la autopsia de los dispositivos que provenían de cada cuerpo. El alboroto de Aldera estaba completamente aislado por la puerta y los campos de fuerza que permitían el ingreso de la luz menguante de la tarde, pero dejaba fuera todo el ruido y el polvo. Lo único que acompañaba sus propios murmullos era el zumbido de los núcleos de energía y las consolas, la vibración de sus manos robóticas adicionales al tomar herramientas o sujetar su trabajo.

A primera vista, el segundo dispositivo era idéntico al primero: carcasa de metal sin pulir, cableado de interfaz neural genérico que Karax consideró, personalmente, más bien desprolijo, y una matriz de transmisión de energía despereja que explicaba las fluctuaciones de energía del Vacío internas. Pero cuando comenzó a examinar los dos, uno junto al otro, encontró diferencias marcadas en el cableado, la matriz y los módulos computacionales cuyo propósito aún no había descifrado. Estos dispositivos habían sido hechos a mano, más que fabricados, como si fuera la prueba conceptual que el forjafases aún buscaba para hacer que un diseño se convirtiera en una auténtica realidad.

Esa cuestión en particular disgustó a Karax. El modelo conceptual debía ir en el simulador, no instalado en los cordones neurales de un protoss. Durante las batallas, sus colegas habían sido convocados cada tanto para experimentar y repetir en sujetos vivos, pero fue una decisión desesperada frente a una necesidad abrumadora. Se suponía que los tiempos

desesperados ya habían terminado.

El análisis también demostró cierta evolución. El segundo dispositivo corrigió algunas fallas evidentes del primero: uniones neurales que habían sido sobrecargadas o canales de energía que debían haber estado enteros en el pasado, pero se habían deformado. Los síntomas de fallas del segundo dispositivo seguían siendo obvios pero eran diferentes; los puntos de fallas habían sido emparchados y, por lo tanto, habían aparecido nuevos puntos de falla.

Había apoyado los dos dispositivos en una mesa y se había retirado a su consola para comenzar las simulaciones cuando un cambio en el aire de la habitación le indicó que ya no estaba solo. Nadie que tuviera algo que hacer en el laboratorio era tan silencioso; en verdad, ningún khalai que Karax conociera era tan silencioso.

Karax se dio vuelta y vio a una nerazim mujer junto a los dispositivos, girando uno suavemente con sus garras. Era inusualmente baja, incluso para una mujer, y su piel era oscura como la noche. Lo miró con fijeza, y en un parpadeo saltó sobre su cuello.

—Así que tú eres el ladrón que he estado buscando. No esperaba encontrarte escondido en la sombra del gran Artanis.

Karax levantó las manos con cuidado, incluso mientras uno de sus apéndices robóticos comenzaba a extraer silenciosamente un cuchillo por debajo de la consola. No se tenía fe para cargar una cuchilla psiónica en estas circunstancias.

—No soy ladrón. ¿Quizás hayas visto los cuerpos? —El hecho de que ella ni pestañeó le indicó que los había visto—. De allí vienen los dispositivos, y estoy aquí en una misión oficial para averiguar lo que hacían. ¿Tal vez uno de ellos es tu ladrón?

Sintió el peso de la mente de ella contra la suya, su consideración. Finalmente, dio un paso hacia delante y volvió a la mesa.

—Son copias —dijo ella. Sostuvo una, mientras su tono se disgustaba y se amargaba—. Copias muy pobres. A ustedes, los khalai, les encanta tomar lo que no es suyo y rehacerlo para reclamarlo como propio.

—No hay placer en tomar un invento ajeno —protestó Karax.

—Quizá tú pienses eso —dijo la nerazim—. Pero algunos de tus pares sin dudas disfrutaban de cubrir nuestro trabajo con el estilo de la Época dorada.

Ahogó su urgencia por discutir. *Una cosa a la vez.*

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Nerath.

—Yo soy Karax. ¿Eres una forjafases?

Apoyó el dispositivo y miró a Karax, divertida.

—Si tenemos que usar *tus* palabras, entonces supongo que se acerca a una descripción de mi familia. Ellos son los perjudicados por este ladrón.

Eso encauzó la conversación.

—Los dos avanzaremos más en nuestros problemas individuales si trabajamos juntos.

—¿Y tú cómo podrías ayudarme? —Su tono era burlón.

—Tengo recursos del Jerarca Artanis. La barrera más grande que enfrento en este momento es comprender el propósito de estos dispositivos. Una vez que sepa eso, puedo entender cómo fueron alterados y reducir la cantidad de forjafases khalai que podrían hacer ese tipo de trabajo. Si me das la información que necesito, te entregaré una lista de

sospechosos a ti y a la Ejecutora Selendis.

Nerath lo miró con suspicacia por un rato que pareció ser muy largo.

—Supongo que no hay problema en trabajar en distintas vertientes. Esos dispositivos debían potenciar la conexión propia con el Vacío... y regular las energías para impedir que un golpe de Vacío inhabilitara al usuario. —Nerath giró erráticamente uno de los dispositivos en la mesa—. Selendis tiene que rogar encontrarlos primero.

#

Con el cuerpo de la templaria muerta camino a Karax, Talandar observó su morada. No era tan diferente de lo que consideraba un "hogar" en las memorias de su antiguo yo, Fénix: la armadura limpia y lista para la batalla en su lugar; armas dispuestas en la pared en un lugar de honor; algunas obras de arte (no de su gusto personal) y libros; el mínimo de muebles requeridos para descansar. No parecía sin rumbo, como había caracterizado Selendis al otro muerto, sino la vivienda de alguien que estaba esperando una batalla que nunca llegaría.

Mientras armaba el catálogo de objetos, Talandar habló por la red que conectaba a todos los purificadores, esa pálida copia del Khala. Aunque ahora era mucho más que lo que tenían los khalai. Si bien la base más importante en su vida era el propósito que había descubierto y el nombre que había elegido, la conexión que había encontrado con los otros purificadores también le devolvía una sensación de pertenencia a un solo pueblo. Incluso sin la onda emocional, la mera conexión era un bálsamo para la soledad: el saber que cualquier pregunta susurrada sería escuchada por muchos otros como él.

Lo que preguntó ahora era si alguno de los purificadores había visto a los khalai actuar de manera extraña, o si había visto un dispositivo con las especificaciones que tenía. Recibió

respuestas rápidas y uniformemente negativas en relación al dispositivo. Sin embargo, sobre el comportamiento de los protoss los purificadores no tenían ninguna respuesta.

*—Preferimos evitar el contacto —resumió Clolarion, y hubo un acuerdo general—. Si bien confiamos en la palabra de Artanis acerca de que no seremos esclavos otra vez, hay poco intercambio entre nuestras sociedades. Tenemos necesidades diferentes. No hay motivo para que nuestros caminos se crucen, más allá de cuando alguno pueda pedirnos un favor en pos de la reconstrucción.*

*—Los he observado en alguna ocasión —comentó Mojo—. Pero no puedo aportar ningún dato sobre su comportamiento porque apenas se sienten observados por nosotros, cambian su modo de actuar.*

*—Todos somos protoss —dijo Talandar con firmeza.*

*—También los khalai y los nerazim, y eso no hace que tengan una sola mente —dijo Clolarion. No había malicia en su afirmación, solo un dato duro.*

Talandar suspiró con frustración fuera de la red. En situaciones así, el único modo era guiar con el ejemplo. Cargó todas sus observaciones y escaneos de la vivienda de la protoss muerta en una de las terminales de Karax para tener de referencia más tarde y salió a la calle.

El flujo del tráfico a pie cambió apenas salió. Distancia respetuosa, sin duda; sabía que su forma metálica ocupaba mucho más espacio que el cuerpo de carne y hueso que alguna vez había tenido; tener cuatro patas en lugar de dos era lo mínimo. Pero el modo en que los demás protoss lo miraban... eso se *sentía* como más que un asunto de espacio. En lugar de un vistazo rápido de reconocimiento, recibía miradas que iban de la curiosidad a la pena y al recelo, del modo en que un guerrero podría contemplar una máquina grande pero desconocida. Mientras

que para él los transeúntes eran conocidos y comunes, para ellos él era sencillamente un extraño, sin importar cómo se sintiera por dentro. Era un tipo de alienación sutil y dañina, y tal vez fue otro de los motivos por los que los purificadores habían elegido evitar el contacto. No había notado esto antes, tal vez porque pasaba la mayor parte del tiempo con los purificadores o los daelaam, que lo conocían de aquella vez en la Lanza de Adún.

Talandar apartó su inquietud; todavía tenía que cumplir un deber. Therun había dejado más huellas de su vida que Eranis; había nombres que Talandar podía rastrear. Primero se transposicionó a la otra punta de la ciudad en busca de su padre; quizás los lazos familiares se habían fortalecido con el fin del Khala. El viejo protoss que ubicó Talandar estaba sentado en un banco bajo la débil luz del sol y lo miró con ojos entrecerrados.

—Tengo una lamentable noticia sobre su hija, Therun —dijo Thalandar—. Se ha ido... —  
Se dio cuenta de que las palabras normales, la observación de que se había unido a sus ancestros en el Khala, ya no eran ciertas. Tras una pequeña traba, siguió—: Con las estrellas.  
¿Ha hablado con ella últimamente?

—¿Por qué quiere saberlo un purificador?

—Estoy a cargo de la investigación de su fallecimiento.

—Ja. Incluso si confiara en sus motivos, no tengo respuestas para darle. No nos vemos desde el regreso a Aiur. —Sin decir más, el viejo protoss se puso de pie y se fue.

*No es tan viejo como para haber presenciado la rebelión de los primeros purificadores,* pensó Talandar. Pero sin duda había escuchado las historias, y quizá por eso era tan poco amigable. Miró el siguiente nombre de la lista, que pertenecía a otro extemplario que había servido como zelot junto a Therun.

A este protoss lo ubicó cerca de uno de los edificios de archivos. Parecía que la presencia de Talandar le resultaba un motivo de sorpresa.

—¡No sabía que hablabas! —fue su primer comentario.

Talandar se detuvo, asombrado.

—¿Qué?

—Sabía que los purificadores eran nuestras máquinas de guerra más potentes. Pero creíamos que Artanis los había puesto de nuevo en estasis después de reclamar Aiur.

—No... —Talandar recobró la compostura mental rápidamente—. Vengo en busca de...

—¿Los purificadores no llevan cargado todo el conocimiento de los protoss?

El extraño entusiasmo de este protoss era más repulsivo que la hostilidad que había enfrentado Talandar antes.

—Me dejarás hablar —ordenó Talandar, con un brazo alzado -el que llevaba el cañón de energía- para mayor énfasis.

—Claro, lo lamento. —El protoss flaqueó, pero solo un poco.

—Vengo...

—¿Es verdad entonces que los purificadores se han vuelto una fuerza de espionaje y nos vigilan a través de los obreros?

Finalmente, Talandar logró librarse de sus preguntas, pero no obtuvo respuestas útiles acerca del asunto de Therun, solo una lección perturbadora sobre las teorías conspirativas que circulaban en Aldera. Quizás era fácil que las historias inventadas llenaran el vacío que había dejado el autoaislamiento de los purificadores.

Talandar siguió con la lista de nombres y recibió frustración a cada paso. Algunos se



quedaban mirándolo y se distraían demasiado con su presencia como para dar respuestas útiles. Otros eran hostiles. Otros tenían una curiosidad frenética: eran los que más le disgustaban y le hacían perder la mayor parte de su tiempo. Talandar estaba por disponerse a tumbar puertas cerca de la vivienda de Therun cuando la anteúltima de la lista, Maitana, le dio información útil.

Había pertenecido a la casta de los templarios; lo supo deducir con tan solo verla, aunque ahora llevaba mantos bastante raídos y tenía mal aspecto, su piel pálida y manchada, y estaba demasiado delgada, algo evidente aun en la luz tenue de la tarde. Escuchó con paciencia cuando él comenzó a recitar su ya ensayado anuncio de la noticia de la muerte de Therun. La sensación era terrible, ahora que las palabras ya casi se habían vaciado de sentido después de haberlas pronunciado tantas veces.

—Quizá Therun encuentre una batalla a su medida dondequiera que esté —dijo Maitana.

—¿Sentía que le faltaba un propósito? —Él mismo se había sentido perdido sin una misión que cumplir... y motivado cuando por fin había encontrado una.

—Aunque todavía hay guerras por luchar, hace ya un tiempo que no nos convocan al campo de batalla. Nosotros no somos de la casta khalai, no estamos preparados para construir o trabajar en las forjas. Seguimos a nuestros ejecutores a la batalla en busca del honor y la gloria.

—El honor es la razón de su existencia —dijo Talandar; era otra cosa sobre la que había reflexionado en los días que siguieron a la reconquista de Aiur—. La batalla no es la única tarea que existe.

—¿Y qué sabe un purificador sobre eso?

—Más de lo que crees. Somos guerreros, como todos los protoss, pero hemos elegido un nuevo propósito: reconstruir y proteger, y crecer. Ustedes pueden hacer lo mismo.

—Pe-pensaré en lo que me has dicho —Maitana sonaba un poco avergonzada ahora.

—Una pequeña victoria no deja de ser una victoria —siguió Talandar—. Dar un paso es avanzar. Y poner una piedra sobre otra hace que el muro sea más fuerte y proteja a los que están en su interior. —Había aprendido eso observando a Karax—. ¿Therun se sentía como tú?

—Sí, pero ella salió a buscar un propósito, mientras que yo... me quedé lamentándome.

—¿Encontró lo que estaba buscando?

—Habló de un nuevo templo. Para reemplazar todo lo que habíamos perdido. Me invitó a ir con ella.

—¿Y fuiste? —Era la información más útil que había conseguido hasta ahora.

—Una vez, pero no entré. Me dio una mala sensación y se lo dije. No volvió a hablarme después de eso.

—Muéstrame dónde era.

Talandar siguió a Maitana hacia el norte, a las afueras de Aldera. Caía la tarde cuando llegaron. No era tan desolador como el lugar donde habían encontrado el primer cuerpo, pero parecía el esqueleto de una ciudad a la espera de que le creciera la carne. Maitana lo llevó a un edificio abandonado que no se correspondía con ninguna imagen mental que él tuviera de un templo. Parecía más un depósito de máquinas y sus escáneres le confirmaron la presencia de aceites y vapores de combustible. Adentro no había absolutamente nada.

—¿Había alguien más aquí cuando Therun te trajo?

—Sí, una mujer de la casta khalai. Era muy alta. De eso me acuerdo. Y tenía la piel muy pálida.

Talandar ya le estaba enviando la información a Karax mientras terminaba de decir:

—Gracias. Y si quieres seguir conversando sobre las nuevas batallas que tenemos que enfrentar, con gusto vendré a hablar contigo otra vez.

#

Para alivio de Karax, Nerath se había ido a continuar con sus propias investigaciones después de haberle dado todas las especificaciones del dispositivo original, pero no antes de extraerle la promesa insultante de que no iba a copiarlo. Karax también notó con fastidio que ella no había prometido compartir con él la información nueva que encontrara. Pero le era más fácil concentrarse en la tarea que tenía entre manos ahora que ella no estaba jugando con sus herramientas ni toqueteando sus terminales mientras seguía quejándose de los khalai, así que se conformaba con lo que tenía.

Inspeccionó el dispositivo nuevo de un lado y del otro con una de sus manos robóticas, mientras con la otra examinaba los resultados de sus terminales. El dispositivo servía para canalizar energía del Vacío, pero aquí había algunos circuitos que se parecían más a la tecnología de los purificadores, y aquí una modificación que, aunque era imperfecta, ya no funcionaba y estaba en parte derretida, parecía un intento de convertir energías psiónicas en energías de Vacío. ¿Era un arma? ¿Entonces por qué anclarla a los cordones neurales cercenados...?

—Ah —dijo entre el suave murmullo mecánico de su laboratorio. Era una exclamación que tenía partes iguales de horror, repulsión y admiración ante la genialidad imposible. Ahora

que el Khala ya no existía, ¿alguien estaba intentando crear un nuevo enlace psiónico usando la energía del Vacío? Rápidamente preparó una nueva simulación, ahora con sus hipótesis.

—Karax —llamó Talandar. Todavía estaba lejos, seguramente en la ciudad.

—¿Sí? —Karax echó un vistazo a la ventana: la tarde se había esfumado mientras trabajaba.

—Suenas perturbado, amigo mío.

—Y así me siento. Te contaré cuando haya terminado de sacar conclusiones. ¿Tú qué has descubierto?

—Mucho, pero poco que podamos usar de inmediato. —Talandar parecía pensativo—. ¿Conoces alguna forjafases que sea inusualmente alta y tenga la piel muy pálida?

Karax rio.

—Una descripción física no es tan útil como podrías pensar. Conozco a la mayoría de los demás forjafases y científicos solo por haber leído sus trabajos. —Pero mientras Talandar murmuraba algo sobre que algunos protoss necesitaban pasar más tiempo fuera del laboratorio, Karax pensó en alguien que una vez había conocido y que sí coincidía con esa descripción. Buscó su nombre: Lantharis. Vivía en Aldera—. Podría conocer una.

—¿Dónde?

Karax dudó. ¿Tendría que llamar a Selendis y Nerath? No estaba seguro.

Estadísticamente, podía haber muchas protoss altas y pálidas, y sin duda algunas habían pertenecido a la casta khalai y un porcentaje de ellas se había especializado en artes técnicas. Sería mejor confirmar primero una suposición tan azarosa. Le dijo a Talandar dónde estaba el laboratorio y después agregó:

—Espérame en la puerta.

Talandar ya estaba ahí cuando Karax se transposicionó. La distancia era relativamente corta, así que evidentemente Talandar había partido de inmediato, mientras que Karax había necesitado algunos minutos para controlar que todo quedara protegido en el laboratorio. El purificador gigante estaba haciendo todo lo posible por pasar inadvertido, y claramente... no estaba funcionando. Unos cuantos protoss lo observaban desde sus ventanas o se quedaban mirándolo con curiosidad cuando pasaban. El área no tenía nada de especial, era un vecindario lleno de artesanos. Artanis podía haber abolido el sistema de castas, pero los hábitos de un pueblo tan antiguo no cambiarían de un día al otro.

—Parece que no hay nadie —observó Talandar—. No he visto emisiones de energía.

—Quizá no está en casa hoy —dijo Karax.

—Entonces abriré yo. —El blindaje de una nave de batalla no suponía ninguna dificultad para un purificador. La puerta no ofreció resistencia... y abrió paso a una escena de caos absoluto.

La sensación de que estaban a punto de encontrar otro cuerpo abrumó a Karax por un momento, pero enseguida se dio cuenta de que no se percibía olor a sangre ni a muerte. Más tranquilo, pudo interpretar los restos de metal y circuitos, los papeles revueltos por todas partes, y también empezó a encontrar las ausencias importantes en medio del desorden: sus terminales y herramientas no estaban.

—¿La atacaron? —preguntó Talandar.

—No. —El patrón del desastre era claro—. Guardó todo apresurada y escapó.

—¿De nosotros?

—Es una buena primera hipótesis.

Karax usó sus manos robóticas para empezar a ordenar los papeles, mientras los leía de una mirada. Algunos eran fragmentos de planos: nada que ver con el dispositivo en sí, pero podía verse la mano de la forjafases. Después encontró algunas páginas desparramadas cubiertas de caracteres khalani escritos frenéticamente. La mayor parte eran incoherencias, pero una oración que se repetía varias veces llamó su atención: *“Artanis nos falló. Nos asesinó. Asesinó nuestras almas. Tengo que encontrar un nuevo Khala. Yo nos salvaré.”*

Arrojó el papel sintiéndose sucio y perturbado.

—Mis suposiciones eran ciertas... el propósito del dispositivo es ese: reconstruir el Khala amputado con nueva tecnología. ¡Es una idea terrible! Cortamos nuestra conexión por un motivo, y el modo en que lo está intentando... volverá locas a sus víctimas. Parece que tenías razón, amigo mío.

—Los dos teníamos razón, a nuestro modo —dijo Talandar.

Eso tendrían que discutirlo más tarde, decidió Karax.

—Informaré a Selendis y Nerath.

—¿Selendis y quién?

—Sabía que estaba olvidando algo. —Karax se frotó la frente—. Te explicaré en un momento.

#

Selendis se sintió aliviada cuando Karax la mandó a llamar. Aunque había tenido que dedicar su gran capacidad mental a tareas más mundanas, la investigación y las muertes habían estado ahí acechando en los límites de su consciencia. No tanto como para interferir con sus deberes de

un modo evidente, pero suficiente para hacerla sentir irritable e impaciente.

—Pero no saben a dónde se ha ido esta Lantharis —confirmó Selendis mientras examinaba el caos que había quedado. Encontrar a Lantharis habría sido quizá no trivial, pero sí bastante sencillo cuando todos eran parte del Khala. Ahora era demasiado fácil esconderse y mentir para los que no querían ser encontrados. *Como los templarios oscuros*, no pudo evitar pensar. Otro problemita social del que necesitaban ocuparse.

Nunca se le había hecho tan patente lo difícil y lento que podía llegar a ser el proceso de construir un nuevo orden social.

—No sabemos, ejecutora —dijo Karax.

—Aunque tenemos alguna idea del rastro social que puede dejar —dijo Talandar—. Hay que ampliar la búsqueda, y rápido.

Selendis contempló algunas líneas garabateadas en khalani, donde se llamaba a Artanis *el gran traidor, el destructor*, y arrojó el papel al suelo. Se limpió las garras, como si le hubiera quedado algún residuo.

—Así se hará. Ya mismo...

—¿Escucharás las novedades que trae una cazadora misteriosa, pero de belleza sin par? —preguntó una voz nueva. El aire se congeló en el laboratorio abandonado.

Selendis se volteó y encontró a una templaria oscura, una que nunca había visto antes, de pie en la entrada. Era baja y pequeña, iba cubierta en un manto y el velo que le cubría la cara era de un azul tan profundo que casi parecía negro, del color del cielo cuando empiezan a salir las estrellas.

—¿Quién eres? —la interpeló Selendis.

—Ah, ¿entonces su querido forjafases no les advirtió?

Karax no les había advertido, y Selendis pensaba tener una pequeña charla con él una vez que estuvieran solos.

—No. —La petulancia general de los templarios oscuros siempre la había irritado, y esta no era la excepción.

—Estaba por decirte —protestó Karax, abriendo las manos en un gesto de indefensión.

La templaria oscura hizo una reverencia irónica.

—Soy Nerath. Estamos investigando el mismo problema... desde diferentes ángulos.

Asesinato para ustedes, robo para mí.

Selendis le dirigió a Karax una mirada tan severa que lo hizo encoger los hombros.

—Explica. —Después de su explicación y los comentarios monótonos de Nerath, dijo—:  
¿Y tú qué noticias tienes?

—En el transcurso de mi propia investigación, oí a un khalai mencionar un "nuevo templo". Por respeto a la labor que están haciendo, pensé que lo mejor sería compartirlo.

*O no había sabido qué significado tenía todo eso hasta que espíó nuestra conversación,*  
pensó Selendis.

—¿Y qué quieres?

—Un pueblo, un propósito, ¿no? —preguntó Nerath burlándose.

Selendis solo se quedó mirándola a modo de respuesta.

—Solo quiero que dejen de robarnos.

Selendis no estaba de ánimo para una batalla argumental.

—Llévanos hasta él y nosotros lo interrogaremos.



—Los protoss de Aiur no saben manejar la sutileza —dijo Nerath—. ¿No les parece que, si de verdad cree en su nueva religión, va a preferir convertirse en mártir antes que someterse a un interrogatorio hostil?

—Dejaron alterar sus cuerpos por la fe —observó Talandar.

—¿Entonces qué propones? —preguntó Selendis.

—Lo observamos y vemos a dónde nos lleva.

#

Si bien Talandar en un principio se había ofrecido a acompañar a Nerath a vigilar al protoss, Selendis había declarado que era su tarea en un tono con el que el purificador sabía que no tenía sentido discutir. No confiaba en la templanza oscura ni en su supuesto propósito allí, y la actitud de Nerath, el modo en que todo le parecía siempre un poco gracioso, era otra cosa que le molestaba. Se sentaron juntas en el techo de una tienda desde donde se veía la calle. El protoss que estaban siguiendo había entrado en una vivienda cercana hacía horas y no había vuelto a salir. Era muy posible que ya estuviera dormido y que estuvieran ahí toda la noche.

—Creo que el purificador habría sido mucha mejor compañía —dijo Nerath después de hacer otra observación más sobre alguien que pasaba por la calle, solo para obtener un gruñido a modo de respuesta.

—Puedes esperar con él en el laboratorio de Karax si quieres —respondió Selendis.

—Parecía tener un buen sentido del humor —siguió Nerath como si Selendis no hubiera hablado.

—Hablas demasiado. —La peor parte era que algunos de sus comentarios habían sido *un poco* ingeniosos.

—Si escucharas, no tendría que usar tantas palabras.

Selendis le clavó a Nerath una mirada helada.

La templaria oscura abrió las manos en un gesto de inocencia calculada y siguió:

—Estoy aquí para ayudarte, Selendis, y porque ayudándote, ayudo a mi pueblo.

—No tengo dudas de lo último —resopló Selendis.

—Cuánta hostilidad —dijo Nerath—. Me duele.

—A *tu* pueblo —dijo Selendis, imitando el tono burlón de Nerath— ¿Y qué hay de *nuestro* pueblo?

No estaba siendo justa ni completamente honesta, pero hablaban sus propias frustraciones y preocupaciones. Selendis sabía que Artanis estaría dolido de saber que, mentalmente, todavía dividía a los protoss entre los khalai y los nerazim. Hasta donde ella sabía, los nerazim no habían hecho un gran esfuerzo por cambiar eso.

—¿Nuestro pueblo? Nunca podrá existir un *nosotros* si la cultura de los nerazim tiene que desaparecer para que los khalai sobrevivan.

—Qué melodramática —dijo Selendis con sequedad—. Nadie pretende destruirlos.

Nerath rio.

—La unidad no se logra tratando de rehacer al otro a imagen y semejanza de uno. — Cuando Selendis intentó formular una respuesta llena de indignación y furia, Nerath hizo un movimiento brusco con la mano y todo su cuerpo se puso en alerta—. Nuestra presa se mueve. Dejaremos esta discusión para después.

En la calle, el khalai caminaba en dirección opuesta a la que había venido.

—No te quepa duda —gruñó Selendis.

—A dónde iré ahora —murmuró Nerath mientras lo seguían a la distancia.

—Es tardísimo. Quizás a su casa.

—Va en la dirección equivocada —dijo Nerath—. Yo diría que a una reunión clandestina donde va a adquirir algún tipo de objeto perturbador en el mercado negro.

Selendis quiso reír a pesar suyo.

—No tienes una opinión muy elevada de su honor.

—Lo estoy siguiendo desde hace más tiempo que tú. Tendrías que haber visto dónde lo encontré.

Efectivamente, el khalai las llevó a un callejón oscuro. Mientras ellas vigilaban a una distancia prudencial, le abrieron una puerta. Una protoss alta y llamativamente pálida lo dejó entrar.

—Llamaré a Talandar y Karax —dijo Selendis.

—Diles que será mejor que se apresuren si quieren encontrar algo —dijo Nerath mientras desenvainaba su cuchilla de transposición.

—¡Nerath! —empezó a decir Selendis, pero la templaria oscura ya había desaparecido.

En los pocos segundos que le llevó a Selendis llamar a Talandar y Karax, Nerath ya se había infiltrado en el edificio. Y después Lantharis debió haber activado algún tipo de sistema de seguridad porque la puerta era imposible de abrir cuando Selendis intentó entrar. Su cuchilla psiónica tampoco le sirvió de mucho, la energía se desvanecía cuando golpeaba contra el campo de fuerza. Mientras maldecía y buscaba otra manera de entrar, llegaron Talandar y Karax.

—¡La puerta! —gritó.

Talandar retrocedió unos pasos para darse espacio para arremeter. La energía lo atravesó cuando impactó contra la puerta y un chisporroteo cegador indicó que el campo de fuerza se estaba sobrecargando. Con un gemido metálico desesperado, la puerta se dobló hacia adentro y se desmoronó.

Selendis rodeó el cuerpo enorme del purificador de un salto antes de que la puerta terminara de caer al piso. Se encontró en una antecámara pequeña con escalones que llevaban hacia abajo.

—¡No volverás a robarnos! —oyó a Nerath gritar desde abajo.

—¡Es su propósito divino! —respondió otra voz en un grito.

Con Karax y Talandar detrás, Selendis bajó la escalera a toda velocidad, mientras su cuchilla psiónica volvía a brillar. Cuando llegó al piso de abajo, Nerath tenía a Lantharis, que era mucho más alta que ella y aun así parecía tenerle miedo, acorralada contra una terminal de trabajo. Una red de circuitos y cristales cubría las paredes de la habitación. Más lejos, en otra habitación, había una mesa y el khalai que habían estado siguiendo estaba acostado encima, parecía inconsciente y se veía un instrumento extraño a medio colocar en su cordón neural.

—Nerath, no... —empezó a decir Selendis.

Lantharis hizo algo cuando pasó una mano sobre la terminal. Toda la habitación se cargó de energía. Nerath dejó escapar un grito ahogado y se desmoronó. Selendis sintió cómo la energía la golpeaba como un aullido telepático que ahogaba todos los pensamientos dentro de su mente, y algo que le clavaba las garras buscando aferrarse, no igual pero aterradoramente parecido a la presencia de Amón. Casi no reconoció su propio grito cuando trastabilló y cayó de rodillas al suelo.

El aire alrededor se sentía como un fluido espeso, y su percepción del tiempo iba y venía en borbotones desparejos. Vio a Lantharis blandir una cuchilla psiónica y prepararse para embestir a Nerath, que estaba boca abajo en el suelo. Aunque pareciera ridículo, Selendis pensó: *Pero no terminamos nuestra discusión*. Usó toda su voluntad para obligar a sus músculos a ponerse en movimiento, para arrojarse sobre Nerath y levantar su cuchilla psiónica para bloquear el ataque.

Fue lo único que pudo hacer; después, aguantar.

#

Talandar había detectado un aumento de energía —energía del Vacío, le habían advertido sus sistemas, aunque no tanta como para desbordar sus defensas— y a su alrededor Nerath, Selendis y Karax habían caído. Selendis, cuyos ojos despedían energía, se había arrojado sobre el cuerpo inerte de la templaria oscura con la cuchilla apenas levantada, lo suficiente como para poder frenar el golpe. En el instante en que las cuchillas chocaron con una explosión de energía, Talandar atacó y sus enormes brazos giraron para arrojar a Lantharis a la otra punta de la habitación, lejos de la terminal.

—Karax, la terminal —ordenó Talandar.

Lantharis volvió a ponerse de pie con un gruñido ininteligible; obviamente tenía algo de entrenamiento en combate, aunque no era templaria. Talandar llegó a ella en un instante, e hizo circular una ráfaga de energía restallante por sus sistemas que destruyó el escudo que ella había creado. Lantharis bloqueó uno de sus puños con su cuchilla y la energía psiónica se disipó con poco más que un hilo de humo contra su armadura. El otro puño de Talandar impactó contra su sien y la dejó aturdida. Mientras ella trastabillaba, él le asestó otro golpe directo a las

puntas cercenadas de sus cordones neurales y la protoss se desmoronó. Para no correr riesgos, Talandar llamó una sonda para que trajera una cámara de estasis y metió ahí el cuerpo inerte de Lantharis.

Talandar se volteó y vio a Karax que, todavía mareado, escribía en la terminal usando sus brazos robóticos, que eran más firmes que los de carne y hueso. Golpeó con un puño, y después él y Selendis se aflojaron, como aliviados.

—Tendré... que confiscar todo esto para examinarlo mejor —dijo Karax.

—¿Qué pasó? —preguntó Talandar.

—No estoy muy seguro. Pero fue muy doloroso —dijo Karax—. Y creo que yo quedé protegido en parte por ti. Así que gracias.

—La sensación era... como si ella estuviera tratando de entrar en mi mente con sus garras. Si eso fue aunque sea una mínima parte de lo que Therun y Eranis sintieron, entiendo sus muertes. —Selendis, que estaba de rodillas, se inclinó para examinar a Nerath—. Solo está inconsciente.

—Karax, ¿podrías...? —Talandar señaló al khalai que estaba sobre la mesa.

Aunque todavía se frotaba la frente con una mano, Karax caminó con paso firme hasta la mesa. Extrajo el dispositivo con cuidado. De inmediato el protoss, que estaba acostado boca abajo, abrió los ojos y respiró agitado.

—¿Me oyes?

Miró a Karax, y luego a Talandar.

—¿Pero qué...?

—Ya estás a salvo —dijo Talandar.

—¡Estoy solo! —El protoss parecía más agitado que antes. Se incorporó y se tocó la nuca con las manos, los cordones neurales cercenados todavía intactos—. ¿Por qué nos detuvieron? ¿Por qué? —Se arrojó contra Talandar con un movimiento demasiado débil como para ser una verdadera amenaza.

Talandar lo sostuvo sin dificultad con un brazo mientras el protoss gemía entrecortadamente.

—Eso sí que no lo esperaba —le dijo Talandar a Karax.

Nerath soltó una risita seca y dolorida y se incorporó sobre un hombro.

—¿Creíste que ibas a recibir gratitud por privar a un tonto de su falsa esperanza?

Pensándolo así, Talandar no tenía argumentos para discutir.

#

Antes de dejar la casa de Lantharis, Karax recogió todo lo que le pareció relevante a primera vista y usó una sonda para transposicionarlo; después selló el edificio para poder terminar de limpiarlo al día siguiente. El dolor ya casi había desaparecido de su cabeza cuando terminó con esa tarea. Talandar se había ido rápidamente para llevar a la víctima de Lantharis, que todavía se quejaba, con los sanadores, porque nadie había sabido bien qué hacer con él. Selendis había partido para escoltar tanto a la cámara de estasis como a Nerath, a quien le permitió apoyarse sobre su hombro.

Karax fue el último en llegar a su propio laboratorio. Artanis ya había escuchado la mitad del informe de Selendis, condimentado por los comentarios ocasionales de Nerath, que parecían divertirlos e irritarlos a los dos por turnos.

—¿Tienes algo que agregar, Karax? —preguntó Artanis, y su atención era un peso casi

palpable.

—No hasta que haya podido examinar todo esto a consciencia —Karax señaló con un movimiento de una de sus manos robóticas la pila desordenada que ya había transportado a sus mesas de trabajo.

Artanis se concentró en la cámara de estasis que contenía el cuerpo de Lantharis. Desactivó el campo de estasis y, tras tomarse un pequeño instante para orientarse, la mirada de Lantharis se fijó en él y soltó un siseo bajo, lleno de un odio tan crudo que Karax retrocedió.

—¡Tú! Traidor.

—Yo no traicioné a nadie —dijo Artanis con calma.

—Asesinaste el alma de tu pueblo, y sus cuerpos serán los siguientes si no los salvo —respondió Lantharis—. Los protoss no están preparados para estar solos, sin propósito ni conexión, y morirán si yo no lo impido.

—Me pregunto qué habrán hecho los nerazim para sobrevivir durante un milenio... —acotó Nerath filosa y burlona.

—Apóstatas sin alma —escupió Lantharis—. Yo haré renacer el Khala, más grande de lo que nunca fue, y nacerán los nuevos khalai.

Artanis volvió a activar el campo de estasis.

—Creo que no estaba interesada en escuchar —observó—. ¿Eso es lo que buscaba? ¿Recrear el Khala?

—En última instancia, sí. Usando lo que les robó a los nerazim para canalizarlo mediante el Vacío. Es... un diseño demente —dijo Karax.

—Pero encontré protoss muy bien dispuestos a probarlo de todas maneras —dijo



Artanis.

Nerath no pareció sorprendida con la revelación.

—Los protoss de Aiur pasaron tanto tiempo como animales de rebaño que no me sorprende que algunos de ustedes todavía estén dispuestos a seguir a un falso líder al matadero.

—Cuidado, Nerath —dijo Artanis.

—No me gustan sus palabras, pero entiendo su punto —dijo Talandar—. Nuestro pueblo está herido. Un dolor así lleva fácilmente a la desesperación... y si bien eso puede llevar a la victoria en una guerra imposible de ganar, de igual manera puede terminar en la autodestrucción.

—Los desesperados son capaces de probar cualquier cosa para curarse —reflexionó Karax. Ya no podía estar en desacuerdo con Talandar; si bien los dispositivos habían sido la causa inmediata de las muertes, el problema era más profundo—. Encontrar el origen de la falla suele ser la parte más difícil de una reparación. Ahora ya sabemos cuál es el problema. Lo próximo que tenemos que hacer es encontrar la solución.

—No pueden "reparar" las vidas ajenas desde arriba —se burló Nerath—. Cada uno tiene que encontrar su propio camino, o la lucha no tendría sentido.

—De esa forma los que son como Therun y Eranis morirán —dijo Karax con rechazo.

—Al final, todos estamos solos —dijo Nerath.

—Nosotros no hacemos las cosas así. —La voz de Selendis era serena pero estaba llena de furia—. Nunca ha sido así y eso no cambiará.

—Su forma de hacer las cosas cambió cuando cortaron la conexión con el Khala —

respondió Nerath—. Aunque les cueste darse cuenta.

—La unidad no se logra tratando de rehacer al otro a imagen y semejanza de uno, Nerath. *Tú* me dijiste eso —dijo Selendis.

Nerath inclinó la cabeza, parecía avergonzada.

—Las preguntas que ustedes se hacen ahora son las que nosotros nos hicimos cuando nos expulsaron de Aiur.

—¿Y eso significa que tienes las respuestas? —respondió Selendis.

—Significa que *hay* respuestas al otro lado de este desafío —dijo Nerath con una suavidad irreconocible y mirando a Selendis a los ojos—. Si los nerazim vamos a ser parte de algo nuevo, donde no se espera que nos entregemos por completo... entonces tenemos la agilidad que se necesita para doblarnos y que el viento no nos quiebre.

—Tenemos que encontrar una nueva forma de ser —dijo Artanis—. Y ahora me doy cuenta de que abolir el sistema de castas, o cortar nuestra conexión con el Khala, eso fue solo un final. Empezar algo nuevo requiere más de cada uno de nosotros.

—Sin dudas, construir es más difícil que destruir —dijo Karax.

—Y Nerath tiene razón acerca de que cada uno debe encontrar su propio camino en este mundo nuevo, sin importar lo difícil que resulte —dijo Talandar—. Nadie del exterior puede decirles quiénes son. Tienen que descubrirlo ustedes mismos.

—Estamos dando vueltas en círculos —dijo Karax, molesto—. Antes dijiste que los amigos facilitaron tu camino. Pero yo no puedo simplemente... *construir* amigos para quienes los necesitan.

—Muchos no saben cómo conectarse entre sí sin el Khala, es cierto. También noté que

los purificadores evitan el contacto —dijo Talandar, con tono divertido—. Ya venimos ensamblados.

Artanis rio.

—Una solución creativa, amigo mío. Pero no hay tantos purificadores...

—Y no todos los protoss nos recibirían bien —dijo Talandar.

—Es un problema que no tiene una única solución —dijo Karax. Inclino la mano hacia Nerath—. También podría ser útil que nuestro pueblo mire hacia un nuevo futuro en lugar de seguir tomando prestado del pasado. Eso, al menos, lo puedo trabajar con los demás forjafases. Crear un trabajo en conjunto arma una comunidad propia.

—Sin dudas sería más cordial —observó Nerath.

—Trabajar juntos en pos de un objetivo común forja una conexión. La conexión... alivia la soledad, por lo menos. —Karax miró a Selendis, esperaba que tuviera sus propias ideas para aportar; tenía un punto de vista diferente, después de todo. Pero se quedó en silencio.

—No soy tan ingenuo como para creer que un problema de esta magnitud se pueda arreglar en una sola noche —dijo Artanis. Siguen los pasos que pensaron. Les ordenaré a los daelaam que busquen más formas de entrelazarnos para que la próxima vez, cuando un individuo se descarrile de su camino, haya muchos preparados para llevarlo de nuevo.

#

La noche se había convertido en el momento de los funerales, tras el retorno a Aiur y el fin del Khala. Había una simetría espiritual fundamental en esa elección, pues los protoss estaban conectados a su sol muy estrechamente. Si ya no podían tener el consuelo de saber que los muertos se unían a sus ancestros en el Khala, podían confiar en la idea mística más intrincada

de que, tras la puesta de su sol, se unirían a las estrellas del universo más ancho y quizás encontrarían una nueva vida allí.

Selendis podía hallar consuelo en la idea de un pasaje a un nuevo viaje y nuevas batallas. Los protoss seguían teniendo un lugar en el universo más ancho, un vínculo inextricable con él, y ese era un modo de demostrarlo. Sin embargo, generaba una sensación de vacío, desprovisto de presencia. Sin la conexión fundamental del Khala, todas las muertes eran solitarias, y esta más que todas.

La familia de Therun, aunque se había distanciado según las notas de Talandar, había aceptado la responsabilidad de ver el cuerpo. Nadie había querido a Eranis... no, eso era demasiado sentimental. Más bien, a nadie le había importado lo suficiente como para aceptar su cuerpo u ocuparse de su viaje final, así que Selendis eligió tomar esta carga ella misma. Podría haber hecho los ritos en el templo central que se había construido alrededor de la matriz psiónica que había sido construida poco tiempo antes. Pero decidió llevarlo de nuevo al lugar donde lo había encontrado, un poco con la esperanza de que eso incitaría a la acción a los demás protoss, y un poco como reprimenda por haberle dado tan poca importancia a su compañero.

Algunos pasaron deambulando y miraron la cámara que atomizaría su cuerpo con curiosidad apagada. Ninguno se había quedado. Selendis estaba allí, sola, y se sentía tan vacía de respuestas como el área que había elegido para el funeral de Eranis. Artanis, Karax, Talandar y hasta Nerath habían tenido ideas sobre cómo abordar el problema que habían descubierto... pero ella no, y sabía que Artanis esperaba más de ella. *Ella misma* esperaba más de ella.

Esta fue solo una de las muchas muertes que había visto en su vida. Selendis no estaba

segura de por qué le pesaba tanto en su espíritu. Tal vez por la soledad. El sinsentido. Eranis no había muerto en la gloria de la batalla ni en la comodidad de la vejez. Había muerto por violencia de su propia mano, en la agonía de un dolor que no sabía cómo combatir. Cada detalle solo la enfurecía más, y era una furia sin un objetivo claro. Podía culparlo a él por su propia muerte, o culpar a Lantharis, pero su mente abordaba la situación desde varios ángulos por instinto. Había habido muchas fallas antes de la última que lo hizo desgarrarse su propia piel.

Quizás ese era el problema; demasiada fallas y ningún enemigo claro.

Mientras miraba la caída del sol en camino a su descanso, una leve agitación del aire le indicó que no estaba sola.

—Todo lo que oí de ti indicaría que no eres del tipo sentimental, Selendis —dijo Nerath, su rostro inclinado en dirección a ella.

—Los rumores no son la verdad.

—No esperaba que celebraras mi presencia, pero sueñas bastante enojada —dijo Nerath—. ¿Es porque fui tan maleducada y no te agradecí por salvarme la vida?

Selendis suspiró.

—No estoy enojada contigo. —No pudo evitar agregar, dado que a Nerath le gustaba tanto molestarla—: No eres tan importante para mí como querrías.

Nerath rio.

—Me rompes el corazón. ¿Y entonces, quién? ¿El loco de la cámara?

Selendis desestimó a Lantharis sacudiendo la mano. Ese era un enemigo que podía comprender, un problema que habían resuelto juntos.

—Este es el sitio en que Eranis vivió desde nuestro retorno a Aiur. Y a nadie de este

lugar le importa él ni su muerte.

—¿Te dijeron eso?

—Su falta de interés habla por sí sola.

—¿Sí? ¿O será que ustedes, los khalai, ya olvidaron cómo escuchar?

Fastidiada, Selendis caminó hasta una de las viviendas cercanas y destartaladas; un protoss delgado y más viejo estaba echado en el frente sobre un cajón.

—Tú —le dijo ella—. ¿Conocías al que murió?

—¿Eranis? —Se encogió de hombros—. No mucho.

—¿Alguien lo visitó antes de que muriera?

—No sé. Probablemente no.

Selendis miró a Nerath, mientras gesticulaba con una mano.

Nerath dijo, divertida y para que solo lo escuchara Selendis:

—Ese Khala de ustedes de veras les atrofió la capacidad de conversar en profundidad.

El Khala les había otorgado unidad emocional, un océano profundo de empatía que fluía debajo de todas las palabras y las conectaba. Había sido una fortaleza, no una debilidad. Pero ahora lo único que tenían eran palabras fácilmente malinterpretadas, y parecía muy superficial en comparación. Consideró al protoss delante de ella, preguntándose qué profundidad podría haber en sus palabras, y odiando sentirse tan separada de él como para sentirse así de frustrada. ¿Cómo podría hacer que hablara más? Y si no comprendía ninguna emoción de él, ella tampoco le había ofrecido nada de su parte, excepto su impaciencia en forma de preguntas filosas. Armó su siguiente pregunta después de una larga deliberación interna y habló lo más amablemente que pudo:

—Pareciera que no le importa lo que sucedió. ¿Estoy equivocada?

El protoss la miró, su mirada no era exactamente más aguda, pero quizá más concentrada.

—Pareciera que no importa. Que... nosotros no importamos. —Selendis tuvo el impulso de interrumpirlo y disentir, pero se obligó a simplemente escuchar la respuesta mientras él proseguía, lento y con pausas—: Éramos todos de la casta khalai, y sabíamos cuál era nuestro lugar en el Khala. Y ahora no hay Khala y no hay casta khalai, y nos dijeron que ahora somos todos templarios, aunque ninguno de nosotros buscó jamás eso. Y ni siquiera podemos compartir nuestra tristeza o confusión. ¿Así que qué importa la muerte de Eranis? Moriremos todos igual de solos y confundidos.

Cuando tuvo la certeza de que había terminado de hablar, Selendis dijo:

—Los daelaam no sabían de su aislamiento. Pero ahora lo sabemos. Y no seguirán solos. —¿Y cómo lo harían? Aún no tenía respuestas.

—No espero que cambie nada —dijo—. Pero te agradezco por escuchar.

Selendis volvió al cuerpo de Eranis, y Nerath la siguió como una sombra.

—Es un problema que no puedo combatir —admitió, sin preocuparse por ocultar su frustración. La antigua casta khalai se veía obligada a repensar su lugar en el mundo; hasta ahora, había considerado que su propia transición había sido fácil. Todos habían sido elevados a templarios; ella ya era templaria. Pero el significado de templario también había evolucionado.

—Golpear con una cuchilla es más fácil —acordó Nerath—. No te envidio esta tarea. Pero... creo que eres lo suficientemente terca como para lograrlo, y puedo intentar ayudar. A mi manera.

—No te agradeceré hasta haber visto que sigamos siendo amigos después de tu ayuda —dijo Selendis, pero pensó en lo que ocurrió antes, la promesa de Nerath de que *había* respuestas.

—Estoy muy molesta con que ya me conozcas tanto —dijo Nerath. No sonaba molesta.

—Es como tú dijiste: Un pueblo, un propósito.

Nerath rio, un sonido que comenzó sorprendido y, sin la ironía habitual, se volvió cálido y casi musical. Era un sonido que Selendis pensó que podría gustarle, aunque sin dudas no lo diría.

Mientras seguían de pie observando las nubes que se desplazaban lentamente y se teñían con el rosa y naranja del atardecer, Selendis halló las palabras que habían estado carcomiéndola, que no había sabido cómo expresar antes sin la comodidad de la empatía del Khala. Qué extraño que fuera más fácil decírselas a Nerath que a Artanis. Quizás era porque temía decepcionarlo... y porque Nerath tenía su propia capacidad de escuchar, que había aprendido desde la cuna por ser nerazim.

—Artanis dijo que, sin el Khala, seríamos libres. Pero si esto es la libertad, ¿por qué mi lamento?

—¿No pueden ser ciertas las dos cosas? —preguntó Nerath, y Selendis no sintió rastros de burla en su voz. Extendió el brazo para apoyar la mano en el hombro de Selendis, una ofrenda de consuelo que Selendis decidió aceptar a pesar de su propia incertidumbre.

Karax había acertado, y se había equivocado. Los finales eran *rápidos*, pero eso no los hacía más fáciles. Y los comienzos eran todavía más difíciles, pero Selendis nunca había huido de una batalla dura, o de aprender una nueva forma de combate. Sin el Khala, quizá se sintiera



sola a veces, pero sabía que no estaba sola; tenía amigos, antiguos... y nuevos.

El sol bajó detrás de las colinas, y dejó en el cielo una estela roja y púrpura. Mientras Selendis activaba el proceso de destrucción del cuerpo de Eranis, vio que el protoss con el que había hablado se había acercado a mirar junto con otros del poblado.

Abrió la cámara; un haz de luz era todo lo que quedaba de Eranis, desarmado y convertido en sus elementos más puros, salió expulsado hacia el cielo. Un momento más tarde, era un polvo brillante, perdido entre los puntos de luces que comenzaban a asomar en la oscuridad.

—Ahora flotará entre las estrellas.

Autoría: Alex Acks

Edición: Chloe Fraboni

Producción: Brianne Messina

Asesoramiento de historia: Madi Buckingham, Sean Copeland

Asesoramiento creativo: Jeff Chamberlain, Kevin Dong, George Krstic, Ryan Quinn, Ryan

Schutter

Traducción: **María Laura Campos y Paula Gürtler**

Agradecimientos especiales: Thomas Floeter, Martin Frost, Felice Huang, Chungwoon Jung,

Jaclyn Lo, Alexey Pyatikhatka, YuSian Tan